

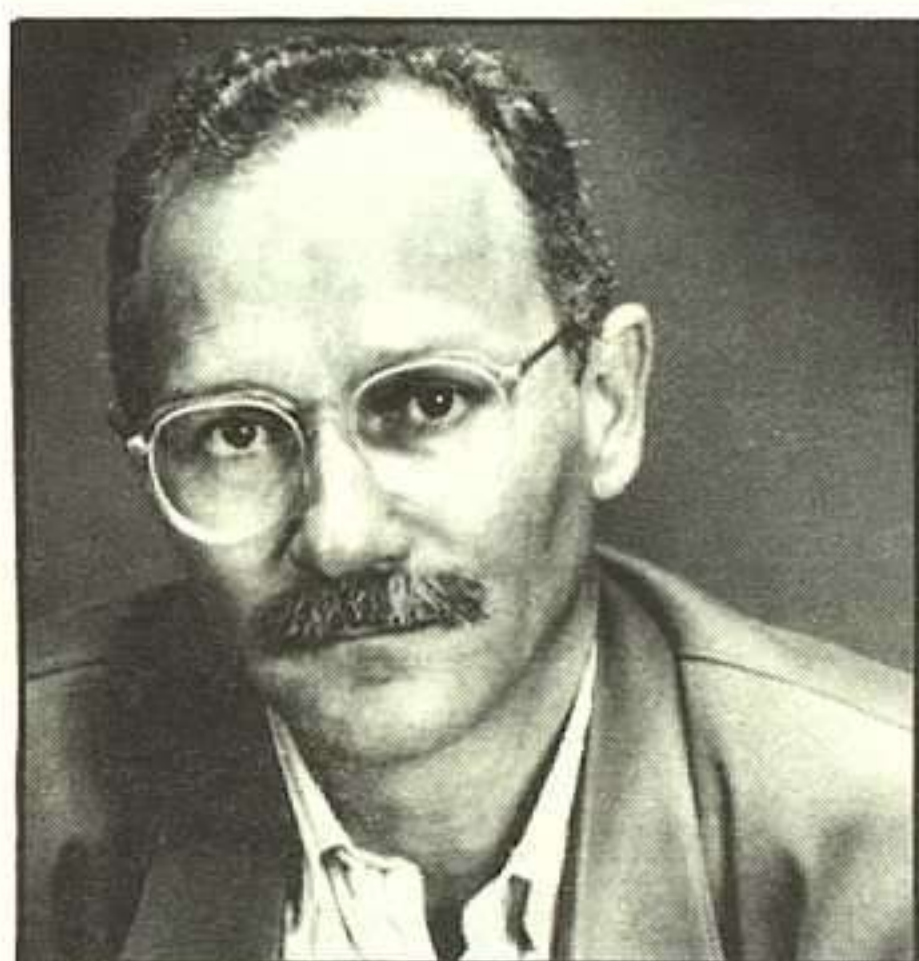
SCOTT

Ivanhoe ha muerto

por **Fabrizio Caivano**



Walter Scott.



Fabrizio Caivano.

Ivanhoe

«El hombre es un mendigo cuando reflexiona;
un Dios cuando sueña.»

Friedrich Hölderlin

Supongo que me había creído aquello de la recuperación de la infancia que mi admirado Fernando Savater, hace algún año, inventó echando más literatura al fuego de la literatura. Es decir releendo, volviendo a andar el cami-

no hacia uno mismo. Ahora he constatado en carne propia, releendo lo otrora leído sin más, que esa fragilísima vereda que nos une a la infancia o ya no existe o no se vuelve ya a caminar con el paso decidido de la primera vez, que es el ritmo libre y desprejuiciado con el que la andamos de ida hacia el mundo. Sé que puede, a lo sumo, recuperarse alguna huella mediante la iluminación súbita que sólo consigue la poesía muy de vez en vez. Lo demás son artificios no por ingeniosos menos estériles en la tarea,

imposible ciertamente, de revivirse originariamente leyendo lo que se relee. Pero quizá no sea dado, y no es poco, imaginarnos tal como nos venga en gana mediante la relectura de algún libro que, desde el ahora, juzgamos fundacional de esa ortopedia que llamamos, con harta ingenuidad y no poca inconsciencia, yo. Me digo: yo releo *Ivanhoe* y, por medio de sus páginas, me reconstruiré a mí mismo en el instante de leer *Ivanhoe* bajo la lámpara crepuscular de un paraíso absolutamente perdido: el de la infancia. Como ve el lector, mecanicismo de salón, puro juego de espejos, es decir: literatura. Aceptemos el juego, pues.

¿Por qué *Ivanhoe*? Y ¿por qué no? Cualquier libro es bueno para esa tentativa de rescatar signos y de nombrar fantasmas. Siempre, claro está, que ese libro forme parte de esa reducida lista de fidelidades literarias infantiles que uno venera sin demasiada reflexión añadida: le basta con creer que depositaron su semilla en un tiempo pasado. Sabemos que recordar es mentirse; pero hagamos un pacto entre caballeros. Si no diré toda la verdad de esta relectura, diré al menos nada más que la verdad... tal como ésta viene a mi encuentro a finales de mayo del año de gracia de 1991. Malos tiempos estos, de villanos y mediocres, para jugar a buscar héroes y sueños.

Algunas mentiras fáciles...

Así que me veo obligado a decir, en primer lugar, que he acabado *Ivanhoe* por la obligación que he adquirido de releerlo. Una pastosa mezcla de abu-



EDOUARD FRÈRE.

rimiento y desengaño, de fatiga y decepción se han adueñado de mí durante su minuciosa lectura. Tengo, listas para su uso, algunas explicaciones parciales y consoladoras. Y una verdadera y cruda. Véamoslas.

Una es de orden editorial: mi primer *Ivanhoe* era la clásica colección de la desaparecida editorial Mateu, color verde y tapa dura, si no yerro. En cambio lo he releído en la edición de Anaya, colección Tus Libros, con erudita traducción, apéndice y notas de M. del Mar Hernández; ilustraciones de Edouard Frère y Théodore Lix. Una espléndida obra, muy cuidada y detallista, con un entrañable prólogo de Juan Tébar. Una maravilla de edición, cuya única errata es un estridente «alcones» sin hache en el capítulo II, página 46. Eso me conduce a explicarme (mintiéndome) el aburri-

miento. No es «mi libro», me han dado el cambiazo. Hago ver que me creo que en realidad era otro el *Ivanhoe* que leí, con doce años, durante una de esas providenciales enfermedades infantiles en las que uno se siente dueño del tiempo y oculto en un espacio propio, como cerrado en una cámara de corcho.

La segunda explicación que me fabrico para explicarme ese desengaño parece también razonable: la fuerza misticadora que tuvieron las imágenes de la película *Ivanhoe*, han borrado de la memoria el recuerdo del mismo libro. Todo encaja: los personajes recuperados en la relectura no sostienen la inevitable comparación con sus intérpretes cinematográficos. Así *Ivanhoe* y la bella Rebecca de York se me han enquistado, vía cine, en un maduro Robert Taylor y una Elizabeth Taylor de ojos absolutamente hechiceros; en un malvado George Sanders o en una tibia y distante Joan Fontaine, al igual que le sucede al prologista. Cine gana, libro pierde. Consideración que convendría meditar en esta época de tanta tecnología de la ima-

gen y de tan escasa letra. Hasta tengo una argumentación sociológica que exculpa mi fracaso. La persistencia de, por ejemplo, las secuencias de los torneos, con su ritual magnífico y su significado nítido; o las implacables leyes del bosque; o, cómo no, las lecciones iniciáticas del amor y de sus matices, meandros y ocultos signos; todo eso, y más, forma parte de la herencia del cine, según alcanza hoy mi memoria a discriminar. Cedo a la técnica la responsabilidad de mi amnesia. Y me quedo tan tranquilo. ¿Para qué una tercera excusa?

Basta ya de mentiras. ¿Cuál es entonces la causa de esa renuncia a volver, aunque sea de visita, al bosque en el que habitan los héroes? Es simple como lo son todas las renunciaciones: he perdido el uso de lo que me hacía humano cuando era niño. Está ahí el origen de la paradoja que me ha llevado a aburrirme ante un libro que me dice algo que ya no soy capaz de situar significativamente en mi vida de adulto racional, asentado, conformado por mi tiempo y mi circunstancia. Domesticado sería la palabra precisa.

¿Qué dice entonces, en esencia, *Ivanhoe*? Nada si ya no se alcanza a leerlo; todo si se conserva aún la mirada combativa del niño. Supongamos que todavía soy capaz de recordar lo que me dejó, calladamente, la primera lectura. ¿Qué vi que ya no veo? Sencillamente, reveló en mí el adulto que quería llegar a ser; se hizo palabra lo que no sabía yo nombrar aún y que ya olvidé. Me trajo en sus páginas una materia turbadora con la que construir mis sueños. Esa materia que, luego, cambié apresuradamente por las lentejas del vivir real. ¿Hay que decirlo? Me regaló la aventura; la emoción; la presencia del héroe, de la belleza, de la valentía, del honor, de las leyes del bosque; la injusticia; la rebelión, el asombro ante lo posible imaginado; el desprecio ante lo real vivido... Es a veces conveniente buscarse en el eco más que en el estruendo. En la relectura esa

materia se ha hecho invisible. Estoy ciego: soy mayor.

Acudiré a la poesía para que diga lo que yo no alcanzo ya a expresar. Que hable Gabriel Celaya, uno de los últimos proscritos y hoy abono feliz de los prados de su tierra: «Logré el uso de la razón. Perdí el uso del misterio. Desde entonces la evidencia, siempre tan rara, me da miedo». O

algo así dice al inicio de un poema que titula, no casualmente, «El niño que ya no soy». Ahí radica, según intuyo, el germen de esta reflexión nacida al calor de una relectura inocente, la causa de esa ceguera adquirida con el vivir sometido. No parece razonable releer un libro que marcó mi infancia... y resaltar que encontré una falta ortográfica en la página 46; que mi edición era otra o que el cine congeló mis emociones. ¿Qué perversión me lleva a ello? ¿Qué muestra ese afán de mediocre ortodoxia, de formalismo anémico? Que vivo acampado en el corazón de un mundo mediocre, formalista, anémico. Revela mi deserción del bosque, del asombro y del sentido. Ya no soy aquel proscrito, peque-

ño pero valiente, que saluda a sus camaradas del bosque desde la calidez de su fiebre y la soledad de su encantamiento. Soy, sí, un adulto listo para celebrar su medio siglo, dotado del brillo de la razón, maduro para el combate real de una vida sin cuentos. Es la falsa fortaleza de adulto que me recubre como la armadura de Ivanhoe: he sido poseído por la razón. Esa estéril relectura muestra la debilidad de mi mirada, la mediocridad de mis pasiones y, sobre todo, revela el miedo cerval a recuperar lo mejor de la infancia: el don de sentirse parte de un bosque con leyes claras, y, simultáneamente con el ánimo indomable de subvertir ese orden.

He crecido con mi tiempo. Soy mayor y parezco vivo. Sin embargo Ivanhoe murió puesto que renuncié, mal de muchos consuelo de tontos, a la Belleza, la Bondad, la Verdad, la Justicia, la Heroicidad... Renuncié, pues, a ser habitado por el espíritu de Ivanhoe, mucho más que un protagonista literario: un modelo de vida, un maestro, un mito. Ésas son las emociones que hacen que los libros, algunos libros, nos dejen su cicatriz en el alma. ¿Qué he ganado con esa renuncia? Gané en edad y en el uso de eso que llamamos, para no entendernos, la razón. Pero estoy pagando, como esta relectura me muestra bien a las claras, el precio justo de mi cobardía. Huye de mí el niño que fui, y con él el misterio y el valor propedéutico del mito. No alcanzo ya a recuperar lo más humano que animó, si no recuerdo mal, mi alejada infancia: la inagotable capacidad de asombro y el hambre de palabras. Ojalá me equivoque.

Releer *Ivanhoe* me ha aburrido puesto que ya, a estas alturas, olvidé el camino que conduce al bosque, a lo que Ernest Jünger denomina «emboscadura», una tentativa radical de volver a la libertad. No soy un héroe sino un esclavo. Ivanhoe está muerto. ¿O quizá se haya disfrazado para eludir, precisamente, el encuentro con la muerte? ■



EDOUARD FRÈRE.